

Reflexión 10ª

CELEBRAR A SAN VICENTE Y SANTA LUISA CON LOS POBRES

¿Puedes imaginarte una celebración del Aniversario de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac sin los Pobres? Ellos son los santos de la Caridad. Él es considerado como el “Padre de los Pobres” y el “Apóstol de la Caridad”. Ella es la patrona de los trabajadores sociales. Sus vidas se consumieron totalmente en el servicio de los Pobres. Así que, naturalmente, los pobres deben estar incluidos en la celebración.

Sin embargo, la mayor parte de las personas servidas por la familia Vicenciana no conocen a San Vicente y a Santa Luisa. ¿Por qué? Porque muchos de nosotros, en la familia Vicenciana, raras veces dedicamos tiempo a decir a los que visitamos en sus hogares o en las camas de los hospitales, o dondequiera que les servimos, algo sobre nuestros fundadores. Vivimos el carisma cuando servimos, pero no decimos a la gente por qué hacemos lo que hacemos. Este año, especialmente este año de celebración, necesitamos contar relatos de nuestros fundadores a las personas. De hecho este año es el momento ideal para decir a las personas que servimos que hacemos lo que hacemos por razón de San Vicente y Santa Luisa. Ellos son nuestros héroes, nuestros modelos. Necesitamos decírselo para que también ellos puedan ser agraciados con la realidad de la espiritualidad y el carisma vicencianos.

Entre los muchos grandes hombres y mujeres espirituales de la historia, posiblemente haya para cada uno de nosotros unos pocos, o quizás uno o dos que hablan el lenguaje de nuestro corazón y nos inspiran. Estos son nuestros guías espirituales. Nosotros, los Vicencianos, hemos encontrado nuestros guías en Vicente y Luisa. ¿No son ellos también guías perfectos para los Pobres? Su espiritualidad es hoy tan relevante como cuando peregrinaban a lo largo de la vida en el siglo diecisiete. Ellos son los que hablan el lenguaje de nuestro corazón y nos orientan. Debemos contar sus vidas y compartir su sabiduría con todos aquellos a los que servimos.

San Vicente dijo “Nuestra vocación es... abrazar los corazones de las gentes, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a encender un fuego en la tierra para envolverla en llamas con su amor. No me basta con amar a Dios si mi prójimo no le ama. Debo amar a mi prójimo como imagen de Dios y objeto de su amor... Debo actuar de tal manera que las personas amen a su creador y se amen mutuamente

con caridad recíproca por el amor de Dios que tanto les ama que entregó a su Hijo único a la muerte por ellos”. ¿Existe otro camino mejor para llevar los corazones a Dios que seguir el ejemplo de San Vicente y Santa Luisa? Vivieron a la perfección la llamada para dirigir los corazones a Dios. Así que, una vez más, éste es el momento oportuno para narrar sus vidas. Es el momento perfecto para hacer de esto una prioridad en la Familia Vicenciana.

Santa Luisa dijo “Se nos pide mucho más que ir, venir y dar. Nuestras intenciones deben ser puras y completamente desprovistas de interés propio” La mayor parte de nosotros, miembros de la Familia Vicenciana, vamos y venimos de prisa para servir a los pobres. Hay muchas cosas por hacer y muchas personas que visitar. Nos precipitamos en nuestras obras de servicio en lugar de centrarnos completamente en cada persona. ¡Qué hermoso es dedicar tiempo para visitar realmente con corazón abierto y mente libre de distracciones y obligaciones para continuar con otra persona u otro asunto! Entonces es cuando vemos el rostro de Cristo. Así que, más que ir y venir y estar preocupado con asuntos de interés personal, debemos visitar a los pobres y compartir con ellos especialmente relatos de nuestros fundadores y cómo nos alentaron a hacer lo que hacemos.

Por qué hacemos lo que hacemos

Los pobres deben interrogarse de dónde sacamos tanta “energía”. Una Hija de la Caridad en una clínica de la India que cambiaba una venda sucia y limpiaba la herida infectada de una mujer con lepra escuchó esta pregunta de la mujer agradecida. Hermana ¿cómo puede realizar este trabajo? La Hermana respondió, “Lo aprendimos de nuestros fundadores”. Y continuó explicándole que San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac enseñaron a las Hijas de la Caridad que Jesucristo está en la persona de los pobres. “Ellos son nuestros señores y nuestros maestros”. La mujer estaba atónita y se sintió muy honrada.

Muchos de los miembros de la Familia Vicenciana “van y vienen”. Escuchamos. Actuamos. Servimos. Hablamos de Dios. Oramos con las personas que visitamos. Hacemos mucho. Pero, la mayor parte de nosotros no decimos a la gente por qué hacemos lo que hacemos. No les hablamos sobre el carisma de nuestros fundadores. Y no les decimos qué es lo que nos inspira servir a los otros.

Tal y como hemos sido instruidos por nuestros guías vicencianos actuales, debemos “actuar en primer lugar y luego enseñar”. Nos dicen que San Vicente nos enseñó a hacer esto en todos nuestros servicios a los pobres. Así, después de prestar el servicio para el que hemos sido llamados, tenemos la oportunidad ideal para compartir

información sobre San Vicente y Santa Luisa, nuestros modelos. La mujer cuidada por la Hermana que le preguntó por qué hacía lo que hacía pudo fácilmente entender lo que la Hermana le estaba diciendo porque primero presencié el servicio. Cada visita doméstica hecha por un miembro de la Familia Vicenciana requiere primero el servicio. Es precisamente lo que hacemos. Prestamos atención a las necesidades. Llevamos comida. Ayudamos con alquileres. Conseguimos ropa. Cuidamos a los enfermos. Últimamente buscamos dar respuestas al cambio sistémico para colaborar con la gente a salir ellos mismos de la pobreza. Respondemos a todo aquello que los pobres nos presentan. Hagamos ahora un esfuerzo coordinado para entregar también el regalo precioso del Carisma Vicenciano.

Trabajemos en la Formación

Muchos de nosotros, miembros laicos de la Familia Vicenciana, formamos parte de nuestra rama particular de la Familia para ayudar a los pobres, pero no entendimos completamente por qué estábamos haciendo lo que hicieron ellos. Nosotros queríamos sencillamente servir al pobre. No nos dábamos cuenta de que estábamos sirviendo a “Nuestros Señores y Maestros”. No mirábamos el rostro de Jesucristo cuando nos sentábamos junto a una madre esforzada con tres hijos. No sabíamos aquello de “dejar a Dios por Dios”. Ahora, gracias a los esfuerzos recientes de formación en la Familia Vicenciana, la mayor parte de nosotros conocemos los rudimentos de la Espiritualidad Vicenciana. No obstante, si deseamos abrir ampliamente las puertas del Carisma Vicenciano invitando a los pobres a participar en la celebración de la Familia Vicenciana, necesitamos estar preparados para enseñar.

Así, este año es también el momento oportuno para que cada uno de nosotros podamos estudiar y reflexionar sobre las vidas y las palabras de San Vicente y Santa Luisa para nuestro propio crecimiento espiritual y para ser capaces de compartir esta sabiduría con otros, especialmente con las personas que servimos. Para hacer esto necesitamos creer y entender el Carisma Vicenciano de forma tan intensa que no desistamos de decirlo a todos los que servimos dando testimonio de ello. Los pobres deben ver a San Vicente y a Santa Luisa en cada uno de nosotros. Federico Ozanam observaba que “Un patrono no debe ser meramente un letrado para la sociedad, como S. Dionisio o S. Nicolás sobre la puerta de una taberna. Un santo patrón debe considerarse como un prototipo sobre el que intentamos modelarnos como ellos (San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac) se modelaron sobre el Prototipo Divino que es Jesucristo” (J.P. DERUM, *Apostle in a Top Hat*, p. 112).

El Año Perfecto

Este aniversario es el momento perfecto para compartir el Carisma con nuestros “Señores y Maestros” invitándoles a celebrarlo con todos los Vicencianos. San Vicente decía: “No debemos estar haciendo suficiente por Dios y por nuestro prójimo si ayudamos a los enfermos solo con alimentos y medicinas y no les asistimos... con los servicios espirituales que les debemos”. Uno de los mayores servicios especiales que podemos dar es enseñar a una persona a ser semejante o de hecho llegar a ser el Jesús de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac. Eso es seguir a Jesucristo, el Evangelizador y Servidor de los Pobres. ¿Cómo hacemos esto?... Considera estas ideas:

Compartir el Carisma con los Pobres. Al visitar a cada persona o familia, dedica unos pocos minutos extra para narrar la historia de San Vicente y de Santa Luisa y de la Familia Vicenciana. Habla sobre las vidas, convicciones y acciones de los Santos.

Preparar folletos. En el marco de tu rama local de la Familia Vicenciana (conferencia, asociación o grupo) desarrolla sencillos materiales escritos para distribuirlos entre los pobres que servís. Podría ser una estampa, un folleto o una octavilla que narra la historia de los Fundadores.

Tener una celebración local e invitar a los Pobres. Organizar una reunión o encuentro para celebrar la fiesta de Santa Luisa y otra para celebrar la fiesta de San Vicente. Invitad a las otras ramas de la Familia Vicenciana y a todos los que servís. Organizad una comida sencilla y contad sus vidas a través de breves presentaciones, escenificaciones y material audiovisual.

Invitar a los pobres que se hagan miembros de la Familia. Preguntad a los que servís, cuando las circunstancias lo aconsejen, así como a cualquier otro amigo, si están interesados en hacerse miembros de tu conferencia, asociación o grupo. Invitadles a una reunión para un posible discernimiento.

Iniciar un Proyecto Vicenciano. ¿Hay alguna necesidad en tu comunidad que requiera atención? Reúne a personas de la comunidad para debatir el asunto. Implica a pobres, hombres y mujeres, y a jóvenes de todos los ambientes: identificación, programación, realización y evaluación. Pensad en un Proyecto de Cambio Sistémico. Leed Semillas de Esperanza, Historias de Cambio Sistémico.

Extender la Familia Vicenciana

¿Existe un camino mejor para celebrar el 350 Aniversario de la muerte de San Vicente de Paúl y de Santa Luisa de Marillac que abrir a todos de par en par las puertas de la Familia Vicenciana, especialmente a los pobres? Los santos no tendrían otra opción que incluir “a Nuestros Amos y Maestros”. Si hacemos esto sería una celebración que no iría a la zaga de nadie.

Este es el año más perfecto para llegar a la Familia, a todas las ramas y a los pobres. En una reunión de la Familia en Camerún, África, en julio de 2009, se narró una pequeña historia africana que expresa el deseo de Dios de que todo hombre y mujer sean uno en solidaridad el uno con el otro. Esta es la historia:

Había una nube, una hermosa nube grande. En la nube había muchas gotas de agua. Cada una tenía un nombre. Estaban Dignidad, Esperanza, Amistad. Estaban Amabilidad, Sencillez y Humildad. Había otras muchas con nombres igualmente bonitos. Y, estaba también Exclusión. Exclusión era un individuo miserable. Era arrogante, egoísta, impaciente y orgulloso. Dijo Dios a todas las gotas de agua: “Debemos esperar justo el momento oportuno para llover sobre la tierra. Yo os lo diré”. No obstante, dijo Exclusión: “Yo no esperaré. Necesito atención. Necesito reconocimiento. Quiero hacer algo que se deje sentir”. Así que, dejó la nube y cayó en tierra. ¡Plop! Nada ocurrió. Finalmente, dijo Dios a las otras gotas de agua “¡Ahora! Es el momento de llover sobre la tierra” así que, todas las gotas de agua saltaron de la nube y llovieron sobre la tierra. Hubo un gran ruido, como una explosión, seguido de gritos de alegría y felicidad. Había amor todo en torno. La gente vivió feliz siempre desde entonces en solidaridad el uno con el otro y dieron gloria a Dios.

Que la Familia Vicenciana crezca en número y amor en este año Jubilar. Que la “exclusión” se mantenga alejada. Que Dios bendiga nuestros esfuerzos con y por los pobres.

Interroguémonos

¿Cómo compartimos la historia de San Vicente y Santa Luisa con los pobres a los que servimos?

Escrito por
EUGÈNE SMITH, Sociedad de San Vicente de Paúl, USA

Traductor: Padre FÉLIX ÁLVAREZ SAGREDO, C.M., provincia de Madrid